

LA ABOMINABLE CARMEN

Si TODO es cariño y gratitud para Paula Jaramillo, todo sea abominación para la monstruosa Carmen, nana o niñera en cuyas garras me pusieron cuando yo tenía unos cuatro años, y que no acabó, con mi salud mental porque Dios es bueno, como dicen Rubén Darío y la gente.

Carmen me pegaba, me asustaba, fingía desmayos y ataques de “temblorina” para mejor dominarme. Me odiaba minuciosamente, o más bien me amaba con refinado sadismo, torciendo cada una de las fibrillas de mi ser, destrozando todas mis alegrías y espontaneidades infantiles. Yo era su obra de arte, su acerico o alfiletero donde ella clavaba a diario sus flechitas como en un pequeño San Sebastián. Me enseñaba a tener miedo de la oscuridad para luego castigarme por eso. Alguna vez echó el colchón de mi cama al suelo

y, tomándome de los bracitos, me azotó repetidas veces en el colchón con todo el cuerpo. Me había convencido de que, si yo llegaba a denunciarla, ella saldría de la pared para castigarme.

Cuando se cansaba de maltratarme o se le agotaba la imaginación, me enviaba un rato con otra criada:

—Busca a Petra y dile que te dé un poquito de “tenmeacá”. —Lo cual era para mí un alivio.

Doña Margarita Guerrero, tan asidua de mi casa como cualquier persona de la familia, percibió algo de lo que pasaba y previno a mi madre. Ésta comenzó por interrogar a

Otilia. Pero, no contenta, me llamó a solas. Yo, en vez de contestar a sus preguntas, me limitaba a ver la pared con ojos espantados.

—¿Qué estás viendo en la pared? —me preguntó ella.

—Que, si te digo la verdad, Carmen sale por la pared y me castiga.

Mi madre, naturalmente, no necesitó saber más. Me envió de visita a casa Guerrero. Cuando volví al anochecer, ya no había Carmen a la vista, y yo me eché a correr de un lado

otro como potrillo que rompe la almártiga y recobra su libertad.

Vale la pena de que yo cuente cuál era mi peor tormento. De noche, cuando yo ya estaba dormido, me despertaba a sacudiones y a gritos. Yo abría los ojos y me encontraba

con Carmen, que me estaba amenazando de muy cerca con un tranchete. Iba a gritar a mi vez, pero ella me tapaba la boca y me decía:

—No grites, porque te come esa vieja que está ahí.

Y, en efecto, pegada a la vidriera que daba sobre el corredor, yo veía la cara de una espantosa medusa, desgredada, desdentada y horrenda, que me miraba con unos ojos de

lumbre y tenía una risa de mordisco. Probablemente Carmen se había conseguido alguna estampa, y probablemente mi pavor contribuía a aumentar la apariencia de realidad. Yo me

escondía bajo las mantas, enajenado de horror y tembloroso.

Alfonso Reyes

—Ya verás, ya verás: es que te estoy curando de espanto—me decía ella con voz meliflua.

Ahora, transcurridos tantos años, mis estudios me llevaron a conocer las fábulas griegas, y he comprendido las reyertas entre Peleo y Tetis, cuando ésta discurrió meter a su hijo Aquiles en el fuego o sumergirlo en la laguna del Infierno para hacerlo inmortal; o el escándalo y pánico de los reyes de Eleusis cuando sorprendieron a la niñera (que lo era la propia diosa Deméter disfrazada) tostando ligeramente al príncipe para ver de convertirlo en un dios.

Yo no creo que Carmen haya sido ninguna diosa disfrazada (alguna Gorgona, puede ser), ni que me haya conferido la inmortalidad sometiéndome a tamañas torturas; pero al menos me dio la prueba de que quien no quiere enloquecer no enloquece.

(OC, XXIV, 528-529)